

Antología poética
de
Andrés Trapiello
(Selección de textos)

ÍNDICE

Junto al agua

Al final de la tarde
Algunas travesías
Al sur de Granada
Interior

Las tradiciones

Tarde de Carnaval
Adonde tú por aire claro vas...
Por los caminos del tedio
Coche de línea
Es esto
Disolución de un canto

La vida fácil

La carta
Unos soportales
Casinos
Me asomo todas las tardes
En las lluviosas tardes de noviembre
Por si un día quedaras

El mismo libro

Soneto
Son símbolos los buques y la niebla
Yo descubrí en los manzanos
Aquellos trenes de entonces
1959
Retrato de mi padre

Acaso una verdad

Un café de mi infancia
Un otoño
Ripios para un amigo y tres viejos maestros
La ventana de Keats
Virgen del Camino
Jazmineros

Rama desnuda

Oda a un ruiseñor
Ante un manuscrito de L. P.
Al leer a Leopardi
Las Mercedes

Grano de arena
Elegía
Calleja de los olmos
De Portugal han venido

Un sueño en otro

Un sueño en otro
Habla
Menos que nada
Mi padre sale a buscar su muerte
Lluevo
Para ti y para mí
Autorretrato de una rosa
Pájaro

Segunda oscuridad

Mota de polvo
Gorriones del Rastro
Rama de cerezo en flor
Una carretera
Ramón Gaya
Agropecuaria (Poética)
Cántaro roto
Niños en la calleja

Y

El camino de vuelta
Pájaros, versos
Ruiñeñor
Canturreando
Haikú del ruiñeñor
Homenaje a un romance de Unamuno
Las voces y los ecos
El sueño breve

Junto al agua

(1980)

Al final de la tarde

Al final de la tarde
las últimas estelas se detienen
en la pared de cal,
accidentes, cenizas.
En los ojos entonces los paisajes
suenan como lacados
y hasta parecen lágrimas,
tan suavemente llegan.

Hablo de mí porque temo a la muerte
desnuda de las cosas
y que la muerte venga a esta azotea
a quedarse en la calma y el silencioso valle.

Como en su vaso el té moruno y verde
o el viejo libro que abierto está a su lado
han conseguido ser dueños de su quietud,
y en su quietud
igualarse a los astros que van en vastas órbitas,

como ese viejo libro y ese vaso de té,
recuerda este lugar y este momento.
Un día llegará en que te preguntes
¿de ti, de mí, qué fue de todo aquello?,
y de los ojos
ya no vendrán palabras.

Algunas travesías

Llevado por el viento he visitado
viejas, claras, inmóviles ciudades.
Algunas apagaban en el mar
sus mortecinas luces y otras eran
como el invierno o en un jardín la nieve.
Mi corazón, para decirlo pronto,
estuvo en miradores que guardaban
los reflejos dorados de la tarde,
por calles solitarias se perdía,
iba mirando polvorientos negocios,
viejos escaparates con rótulos de oro.
Vio sombras y jardines,
y en ocasiones te vio a ti
en esa hora misteriosa y suave
que una ciudad extraña tiene: la hora
azul en la que alumbran los faroles
con una luz azul como de estrellas
y un crepúsculo azul,
y todas esas luces, sortilegios,
sumadas nada alumbran,
sino penumbra, sombras, laberintos.
Viejas ciudades para mí sin nombre,
sino recuerdo solo
de un color, una plaza, una palmera,
olor de madre selvas, de café y de camelias
y ese olor de cocina, aceite y fritos
que a veces en un barrio trae el aire.
Algunas me esperaron
en un transbordador melancólico y lento.
Otras con su silencio me cubrieron
y sus negras bujías y su humedad marina.
Todas ellas llegaron para medir mi tiempo,
estaciones de hierro
de un corazón tan frágil.

Al sur de Granada

La lámpara de mesa,
la camilla de pino
y los olivos fuera.
Se atormenta el silencio
con nubes de verano,
huele a tierra mojada
aun antes de que llueva,
y unos libros aguardan
la fecha de esta tarde,
diecinueve de agosto
en Fondales, Granada.
Cuando pasen los años
y abra de nuevo alguno de estos libros,
en esa simple fecha
volverán los sentidos,
la luz plomiza y calurosa y mate
y el ruido de las moscas
sospechando tormenta
y el olor de la tierra
anunciando la lluvia.

Interior

Tiene este día un lento desplomarse
de mercurio en el agua
de la fuente tranquila.
Soledad del jardín, luz de rumores
y perfume de sombras, de jazmines
y yedra. Es el olor del agua
que desborda la acequia y el rumor
de una pequeña y oscura celosía
que es verde y de dos hojas.
En la vieja pared está entreabierta
para que alguien venga.
Mira a tu alrededor este paisaje
de distancias tan cortas,
que, aunque cerques, te cercas,
y hables de lo que hables, de ti hablas.

El corazón alcanza
cuanto se oculta en días
que apenas son virtutas de argumento,
una luz mortecina, el brillo opaco
que habrá de ser la lluvia,
el rumor otra vez de ese jazmín,
ese rayo de luz sobre las hojas muertas.

Las tradiciones

1982; ampliado en 2002, 2ª ed.

Tarde de Carnaval

Los tres lirios del vaso
anuncian la ventana.
Hay una luz violeta
y un antifaz de sombra
en el triste amarillo.
Un arlequín jamás encontraría
iguales atavíos
para un baile de máscaras.
Sencilla soledad
de este febrero.
La lámpara ilumina en vuestra frente
una canción, ceniza
que pisaréis mañana
como la nieve sucia.

Adonde tú por aire claro vas...

Adonde tú por aire claro vas,
en sombra yo, o en hojarasca breve,
te he seguido. Yo mismo sombra soy
de ti. Y no puedes tú notar que yo
te siga, yo, callado tras de ti,
lumbre contigo o nieve de tu mano.
Y veo tu mirar, mas siempre esquivo,
oscuro y amoroso, en huertos altos
que tú para tu amor los cercas. Fuentes,
aves, la reja de la casa sueño
ser yo, la claridad, su vuelo limpio,
el aire entre los hierros. Pero tú,
a mi través, cuando me miras, creo
que estás mirando a otro, de no verme.
Y ya la fuente, el ave, las espadas
de la verja no son nada. La tarde
su rosa le retira al vaso. Pétalos
solo, los continentes que parecen
sobre la mesa, a ti te los ofrezco,
te envío su gobierno y yo, la sombra.

Por los caminos del tedio

La vida necesita de ese siglo anterior
que la haga soportable. Aquel momento
en que la luz dorada sobre el bosque
ardía en el quinqué prendido dentro.
Y debió ser hermoso ese pensar
de los viejos románticos en palacios barrocos.
Vivir con la mirada puesta atrás,
como el que sigue amando. Nunca
aquellos hombres supusieron
que su dolor sería, con los años,
el sueño venidero en un perdido otoño.

Coche de línea

Al fondo está la casa,
entre almendros, en ruinas
sobre los campos yermos.
Dí, tarde de febrero,
¿volveré a ver un día
este lugar callado,
bandadas de estorninos,
el evónimo verde y las violetas,
o moriré sin recordar la luz
que vuelve esta tristeza casi alegre?
Solo quiero quedarme en este sitio
y ser para mi siglo
nada más que el pasado,
un era, alguien oscuro
que deja que ese coche de línea
pase
lentamente de largo.

Es esto

Es esto
la temible muerte.
Ha llegado el final
y no tienes respuesta.
El vaso de cristal,
la flor sobre la mesa,
el dolor de partir
sin que tu corazón conozca
una sola razón
de estas tres cosas
sencillas.

Disolución de un canto

¿Escuchasteis alguna vez el amoroso
canto del vencejo en el aire?
Otro vencejo le persigue,
pequeño alud de alas inconstantes,
cerniéndose a sus quiebros.
Cada chillido jubilar
entra en el azul del cielo
con ese escalofrío del acero
templado en el pilón del agua.
Esto dura apenas nada,
lo preciso para que el espacio
abra su arca y se muestre dadivoso.
Luego la vega los reclama
y en un celaje de verdes
se pierden para siempre.
Y es hermoso ese canto en junio
que aun oído por todos,
nadie repara en él especialmente.

La vida fácil

(1985)

La carta

He encontrado la casa
donde te llevaré a vivir. Es grande,
como las casas viejas. Tiene altos
los techos y en el suelo,
de tarima de enebro, duerme siempre
un rumor de hojas secas
que los pasos avivan. A los ocres
de las paredes nada ya parece
retenerles aquí. Igual que frágiles
pétalos, largo tiempo olvidados
en un libro, amarillean todos.
Entre rejas, trezado,
un rosal sin podar.
En el jardín pequeño, una fuente
y un fauno. Y me dicen
que también unos mirlos.
Cuando en los meses fríos del otoño,
al escuchar sus silbos
cobren vida tus ojos, en el verde
del agua miraré contigo
cómo mueren los días.
Cómo se vuelve polvo en los muebles
oscuros tu silencio
que azotará la lluvia
allí donde te encuentres.

Unos soportales

Mi vida son ciudades sombrías, de otro tiempo.
Como se acerca una caracola
para escuchar el mar, así por ellas
vago yo muchas tardes. Ya no tienen farolas
con esa luz revuelta ni tampoco los coches
antiguos de caballos. Todavía conservan
sus negros soportales donde se huele a gato
y donde aún se abren misteriosos comercios
iluminados siempre con penumbra de velas.
Son ciudades levíticas, sin porvenir y tristes,
con cien zapaterías y tiendas de lenceros
cada cincuenta metros. Todas tienen conventos
con los muros muy altos donde crecen las hierbas,
jaramagos y cosas así. No son modernas,
pero querrían serlo. Yo las recorro solo,
e igual que suenan olas en una caracola,
así mis emociones me parecen eternas.

Casinos

Casinos de esos pueblos en las tardes lluviosas
llenos de aburrimiento. Penumbrosos salones
donde se habla en hectáreas. Arañas. Polvorientos
jarrones. Soñolencia. Tableros de ajedrez.
Abecés atrasados con el papel ya flojo
de haber sido leídos por demasiadas manos.
Eternidades. Siempre la luz modesta. Grandes
sillones con guatapercha roja. Cortinones
espesos y testereros color café con leche.
Socios. Conversaciones de adulterio o de duros.
¡Casinos de esos pueblos donde se huele a establo,
a loción de barbero y a suelos con lejía!
Solo tenéis de intacto la mesa de billar;
su verde luminoso de pradera, las bolas
buscándose infinitas, sin repartirse nunca
como la vida humana, advierten al que llega
a vosotros, que solo lo trascendente pasa,
que solo lo fugitivo permanece y dura.

Me asomo todas las tardes

Me asomo todas las tardes
a este jardín soleado
a escuchar las soledades
que hablan entre sí callando:

Todo es igual y distinto.
¿Crepuscular?, ¿machadiano?
Quién sabe dónde está el hilo
de un laberinto tan largo?

La tarde desaparece
y en el jardín encantado
oigo una distinta fuente
soñar en el mismo caño.

En las lluviosas tardes de noviembre

En las lluviosas tardes de noviembre
de pesadumbre llenas,
con un libro de románticas rimas
que habla de hojas secas
me siento a ver el fuego
junto a la chimenea.

En esas cortas tardes otoñales,
poca la luz de perla
en el salón, a solas, sin testigo,
las cosas se sombrean
con azulado tedio
de indecible esencia.

¡Veladas de borroso calendario
y avara somnolencia,
de vacíos laureles y jardines,
agrias tardes eternas
que tienen del olvido
la misteriosa rueda!

Por si un día quedaras

Por si un día quedaras
del lado de la noche,
en su fría frontera un no sé qué
esperando del horizonte vasto,
yo recuerdo tu voz
limpia como una almendra
y ese cantar con distraído acento
y todo cuanto ardía sin que tú lo supieses.
Como pasa la luz por una copa
de Oporto, así acaba la tarde.
Si algo deseara ahora,
que fueran como semillas que arraigaran seguras
estas pocas palabras. Como grana
de salvia que en cada primavera
llevase sus raíces, un poco más allá,
a donde cierra tus párpados
de eternidad la tierra.

El mismo libro

(1989)

Soneto

Ahora es noviembre. Un mes tranquilo. Lluve
Acaso sea para mí la vida
este solo llover y esta dormida
parte del mundo eternamente leve.

La sombra del camino que se aleja,
la iglesia y el zarzal, las telarañas
y este pensar en ínsulas extrañas
tan solo por libar, como la abeja.

Dulce es la vida así, la miel amarga.
Es casi equivocarse estar seguro.
El arte es breve, mas la muerte larga.

Quizá me he confundido de pasado,
de presente tal vez y de futuro.
Quizá yo solo sea lo soñado.

Son símbolos los buques y la niebla

Son símbolos los buques y la niebla,
los jardines cerrados
y las ciudades muertas.
La paloma y el lobo
hispido y solitario
tanto como la orquídea o la azucena
son secretos milagros.
El caserón caído
o el diamante tallado
en el tabuco sórdido
aguarda a que venga a rescatarlos
de la oscura caverna
la misteriosa mano.

Son símbolos la vida y lo soñado
y hasta la muerte misma,
indescifrable y negra,
es símbolo de algo.

Yo descubrí en los manzanos

Yo descubrí en los manzanos
los telares del rumor
junto a la casa y el canto
secreto del ruiseñor.

Casa, mirador y huerto.
Aquel azul de León
y el blanco mastín del sueño
echado en mi corazón.

Aquellos trenes de entonces

¡Aquellos trenes de entonces
entre León y Palencia!
¡Dorados atardeceres!
Bardas. Carrizos. Iglesias.
La triste monotonía
se miraba en la meseta.
Yo leía. Y contemplaba
alguna lejana hilera
de chopos en silencio
o las verdes sementeras.
Parecía el traqueteo
filosófica monserga:
todo es igual y distinto,
todo cuestión de paciencia.
Y aquel sol entumecido
se adormilaba en las cuevas
que mi corazón abría
entre León y Palencia.

1959

Enfrente de la plaza de frondosos castaños
hubo un día un hospicio. El caserón tenía
el muro de las cárceles y la melancolía
de los buques fantasmas, misteriosos y extraños.

Yo era muy niño entonces. Mi madre me llevaba
las tardes de domingo de visita a la abuela
y al capellán, mi tío. Se bebía mistela
en diminutas copas y de todo se hablaba.

Era un lugar siniestro donde olía a pobreza,
a tabaco, a sotana, pero entraba un sol suave,
dulce y desanimado que abría con su llave
las prodigiosas cuevas de aquella fortaleza.

Por entonces no había ya ningún hospiciano.
Vivían los dos solos entre orfanales ecos
de sombras y silencio y de sus pasos huecos
brotaba el rumor muerto de un armónium lejano.

Aunque me daban miedo, y cuánto, los pasillos
anchísimos y largos, el negro rectorio
o la escalera, el mísero y glacial dormitorio
con altos ventanales de polvorientos brillos,

aunque temblaba, digo, me pasaba la tarde
encerrado en mi cuarto preferido, una sala
que daba a un patio oscuro cuya única gala
era esa luz felina, agrisada y cobarde.

Aquella era la sala en que la Diputación
guardaba tras las fiestas gigantes, cabezudos...
Yo admiraba sus caras hechas de sueños mudos,
de cólera y de risas, de trampa y de cartón.

¡Con cuánta lentitud el tiempo se frenaba!
La Tarasca caída llena de palitroques,
arlequines, bufones, falsos mozos de estoques...
Todo cuanto pasó y entonces no llegaba.

Al regresar a casa siempre había llovido
y en el jardín de enfrente cogían caracoles
unos hombres terribles, prendían los faroles
y los últimos pájaros retornaban al nido.

Cuando murió mi abuela, me vistieron de luto

y tuve que besarla. Estaba amortajada
con sayal terciario y el frío de la nada
selló también mis labios de nada y de absoluto.

Enfrente de la plaza y del viejo convento
hubo un día un hospicio. Es todo cuanto pueda
tener o recordar, la gastada moneda,
las máscaras, el miedo, los despojos del viento.

Retrato de mi padre

La foto fue tomada en un estudio
pueblerino y de feria. El decorado
es de escayola y él está de lado,
arrogante y feliz. Fue su prelude.

Luego herido en Teruel. Duras batallas
si dura fue la guerra. Aún en los ojos
lleva un botín de miedo y de despojos
que guarda en una caja entre medallas.

A su manera bueno. Un gran furtivo
en cristalinos ríos. De su vida
solo puede decirse: fue un trabajo

del que la vida nunca le distrajo.
Es viejo ya y espera la partida.
Más solo cada vez. Más pensativo.

Acaso una verdad

(1993)

Un café de mi infancia

Era un viejo café que se llamaba
Nacional o Central o Universal.

Había en todo él, como estrechándolo,
un zócalo color confesionario
de maderas clavadas, y en todos los testers,
así como en los techos,
el humo inactual de la costumbre
se había ya fijado bituminoso y rancio
como en cuadro de historia.

De una escayola gris, un rosetón de acantos
estrellado en el techo (muy alto para el pueblo)
colgaban las tres aspas,
tres palas moteadas de excrementos de moscas,
tres grandes aspas quietas, polvorientas, paradas
desde Dios sabe cuándo.
Aquel ventilador llevaba allí
desde bastante antes
de que el pueblo contara, el año diez,
con suministro eléctrico.

También los parroquianos
parecían sacados todos del año diez,
el año de la luz,
no más hombres que fichas de un dominó dormido,
inmóviles también como los veladores.
Vestían saharianas o, en su defecto,
como era costumbre entre rentistas,
pantalón de franela, zapatos de crepé y
la cómoda chaqueta del pijama
cortada por el sastre de la localidad;
dicho en otras palabras: la conciencia
como una querida.
¡Cuántas horas pasadas bajo aquellas tres aspas!
¡Cuántas horas mirando jugar al dominó,
admirándose siempre de que los jugadores,
al rematar con furia, no rompieran el mármol!...

Era también una atalaya,
un lugar de excepción
para el último siglo y remirar las cosas
que en la plaza del pueblo (a la que daban
sus grandes cristalerías emplomadas)
se secaban igual que crisantemos de un fanal.

Como la plaza tampoco era gran cosa
pues era irregular, soportalada a trozos,
a trozos destrozada por maestros de obras
que imitaban, pasadas ya de moda,
modas de capital... Y una tristeza
en todo muy sutil, venenosa lo justo,
entre la metafísica y Leví.
Es decir, un lugar hermoso y admirable.

Desde allí se veía
la puerta de «El Buen Gusto» y de la fonda
que un rótulo de blanca porcelana
anunciaba como «La Favorita»,
y las negras arcadas del viejo Ayuntamiento,
cuyo reloj marcaba cada hora a su hora,
y ese era justamente su encanto y su poesía,
dar constancia del tiempo donde nada pasaba,
y advertirnos tal vez
no, digamos, de su fugacidad,
sino de lo contrario: de que todo
está llamado a ser, a formar parte
de la inmovilidad, como el ventilador
y aquellos veladores, como la luz, quizá,
antes del año diez.

Un poco más allá también estaba
el estanco en que, aparte de tabacos,
dispensaban al público
pliegos de papel barba, igual que este
en que estoy escribiendo, comprado hace una hora
a la misma mujer a quien compraba
de niño golosinas y sellos de colores.

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Quién está
mirando ahora esa plaza? ¿Yo? ¿El que fui?
¿Esta huida que soy? ¿El sueño acaso
que nunca abandonó mis oscuras pupilas?
¿Todo lo que en mí triunfa de la muerte,
del olvido, de todas esas cosas
que ocupan a un poeta?
Hace un momento esa mujer
se me quedó mirando. Era evidente
que algo de mí llamaba en su pasado,
pero no supo qué. Su boca desdichada
y su mirar sin fuerza, como entonces,
me dijeron adiós y sonrió
a todo lo que ella ha renunciado, ahí,
en su cubil metida, un mirar sin juzgarse,
un renunciar sin pena.

Quién sabe cuánto hace
que cambiaron su nombre y la decoración.
Los viejos veladores, el gran ventilador
y el mostrador de zinc, y los clientes,
como las hojas secas, ardieron o se hundieron
algo más en la tierra.
El tiempo, incluso, es otro.
De todo lo que miro solo el Ayuntamiento
permanece en su sitio, solo que ahora está
parado su reloj, ahora que la vida
se precipita y huye...

Y sin embargo... De todo el espejismo
reconozco este pliego,
el olor del papel mezclándose al olor
del café recién hecho, y me basta tener
delante un vaso de agua igual que los de entonces,
uno de aquellos vasos con agua solo fresca
que conservaba aún el sabor de la arcilla,
me basta solo eso
para sobrevivir al tiempo, es decir, a uno mismo,
de modo que me digo:
«No debes lamentarte. A nadie importa
que alguna vez hubiera aquí mismo un café
con un nombre armonioso, Central o Nacional,
Universal acaso...
Que todo vuelva a su inmovilidad,
como el vaso de agua que desde aquí refleja
el reloj de la plaza, inmóviles agujas
de un cielo retenido en el reflejo
inmóvil de este vaso... No ha nacido ninguno
que pueda hacer por ti
este largo viaje».

Escuchad todavía las lentas campanadas,
reloj o corazón marcan la misma hora,
inmóviles también como las rosas.

Un otoño

No he de morir si este jardín ya viejo
sigue como hasta hoy, viejo y oscuro,
pudriendo sus membrillos de oro puro
y haciendo de la fuente un negro espejo.

Ni morirán tampoco los rosales
ni el ciprés morirá, por más que muera.
Todo lo que una vez fue primavera
jamás conocerá restos mortales.

Qué dulce a la terraza llega el viento
a consolar el alma entristecida
y a decir que la muerte nada trunca.

Pero sé que me engaño y que me miento
lo mismo en el soneto que en la vida:
nada de cuanto muere vuelve nunca.

Ripios para un amigo y tres viejos maestros

Es de noche hace rato y ha llovido
en un Madrid dormido y otoñal.
En cada gota del cristal
se refleja mi lámpara y me reflejo yo,
y un rincón de este cuarto y del buró
que fue de Valentín,
y este muerto papel en el que escribo
se refleja también como un recibo
donde llevo las cuentas de mi spleen.
El cielo de mi calle iluminado y rosa
también abre un lugar de este reflejo,
parecido a la boca de una fosa
que besara a la muerte en un espejo.
Son ya las nueve, y llueve.
Que nadie te sorprenda preocupado
por saber si esta lluvia es muy distinta
de la que vio Unamuno una vez en Bilbao,
negra como la tinta,
o aquella que hace un siglo a Pimentel en Lugo
tanto al hombre le plugo,
o la suya, que vio en París Verlaine,
del color de los charcos
o de los tristes barcos
o cual adiós que nos arranca un tren.
Tampoco te preocupe saber si este poema
antes que aquí se ha escrito.
No es esa la cuestión ni es el problema.
No quieras ser maldito.
Busca, por el contrario,
las fuentes de su lluvia y su calvario,
las fuentes de Unamuno, Verlaine y Pimentel.
Busca en ellos la hiel. Busca su miel.
Que la lluvia de entonces
llora ahora en sus tumbas.
Es dulce y es amarga
y eternamente interminable y larga.
Es la lluvia de siempre. La actual.
Que en lo tocante a lluvias
es un absurdo ser original.

La ventana de Keats

Para Manuel Borrás

Apartado de todo, vuelto a mí
en silencio egoísta, en soledad
de campos y de encinas y callejas
que el otoño volvió más taciturnas;
asilado a esta sombra y sin más patria
que una vieja edición de tus poemas;
sentado en berroqueña piedra gris
y leyendo tus versos, oigo cómo
de pronto un ruiseñor se eleva y canta.
Todo lo dejo entonces, mi lectura,
mis leves pensamientos, mi silencio.
Todo por escucharle. Es él, él mismo.
El dulce ruiseñor que tú supiste
distinguir entre todas las demás
criaturas, por ser no melodioso,
que lo era, sino por ser el tuyo,
el a ti destinado desde siempre,
desde el día en que Dios de mansas fieras
ocupó el Paraíso y dijo: «Hágase
también el ruiseñor, para que Keats,
en la umbría Inglaterra, al escucharlo
embelesado, alcance esta verdad:
que el canto es solo uno, siempre el mismo,
y que la rama cambia y cambia el pájaro,
mas no la melodía. Esta será
de país a país siempre la misma,
de un continente a otro y desde un siglo
a otro siglo, la misma melodía,
igual que en el estanque van las ondas
cuando alguien en él escribió un nombre».

Pues bien. Conmigo está, frente a este Gredos,
el ruiseñor menudo de tus versos,
frente a ese abstracto Gredos, calmo y duro
y hecho de pura abstracta lejanía.
Y están también los prados y colinas
por los que tú anduviste. Están conmigo
ahora, aquí. Y las viejas mansiones
que el campo inglés conoce, venerables,
cubiertas por la yedra, iluminadas
con quinqués y bujías cuya luz
llenaba las ventanas de dorada
quietud e invitación al sueño,
de modo que de lejos, si pasaba

un viajero, se decía: «¡Quién
pudiera estar allí, junto a esa lámpara,
dentro de aquella casa, allí sentado
en cómodo sillón leyendo un libro
o bebiendo los vinos de Madeira
y escuchando un piano, o ni siquiera,
solo como esa sombra que es el tiempo!
¡Solo como la sombra de aquel hombre
que se asoma al balcón para mirarme!
¡Quién pudiera quedarse en esa casa
y no tener, cerrada ya la noche,
que andar por estos fúnebres caminos
y exponerse a morir en soledades
que harían de la muerte algo aún más triste...»
Eso diría el viajero errante,
eso mismo diría al contemplar
la vieja casa solitaria y grande.
Y luego seguiría su camino
sin dejar de mirar de vez en cuando
atrás, hasta perder aquella luz,
aquel temblor de oro entre las ramas
oscuras de los tejos, sin haber
siquiera sospechado que eras tú,
John Keats, la sombra.

Y que le viste
llegar por el camino, y que dijiste:
«Al Sur marcha ese hombre.
¡Quién pudiera con él perderse lejos!
Ahora mismo. Sin equipaje alguno.
¡Cómo envidio su suerte y qué tristeza
languidecer aquí llevando una
vida que ni siquiera de infeliz
puedo calificarla! Mira, parte
de nuevo, se va. Empieza ya la luna
a vadear el río. ¡Cuánto debe
compadecer mis años...!».

Y que luego,
para apagar la sed de tu acedía,
tomaste una vez más un papel nuevo
sin dejar de pensar en aquel hombre
que viste peregrino. Quizás ese
fue el día en que escribiste aquel poema
que empieza así: «Feliz es Inglaterra...».
¿Quién podría saberlo? Ahora otra vez
lo leo en este viejo libro tuyo,
y al leer me parece que tu otoño
es este otoño mío y que también
es mío el ruiseñor que ya ha callado,

y me confundo y creo
que aquellos claros ríos entre hayales
son nuestro pedregal, cuna de víboras.
Y así, miro estos bíblicos olivos
y alcornoques ascéticos, la tierra
de la que brotan zarzas solo, ortigas,
pestilente cenizo o amargas hierbas,
y ebrio de gratitud, no siento ya
ni abrasador el sol ni amargo el aire
ni severos los pardos y los negros,
que son colores nuestros metafísicos,
sino que cierro el libro y miro lejos,
porque tus versos hacen que yo vea
este lugar como lugar del alma,
y vuelto a mí, comienzo a recorrer
de nuevo este paisaje silencioso
y a verlo de otro modo y a sentirlo
y a desear también la dulce muerte,
hermana zarza, hermanos alcornoques,
ortigas, alimañas, sequedades.

Virgen del Camino

Estas noches de invierno hace frío en la casa,
los techos son muy altos y las paredes viejas,
cierran mal los balcones y la ventisca entra
hasta la misma cama donde espero
a que me venza el sueño y a que el sueño
me arrebate de golpe el libro de las manos,
y así, sobresaltado, me despierto
en medio de las sombras.

Y es entonces cuando comienzo un rito,
un viejo rito íntimo, igual todas las noches:
rezo un avemaría mentalmente.

Durante muchos años esto me avergonzaba.
«Qué buscas», me decía, «en oración tan simple.
Eres un hombre ya, no crees hace mucho
que el destino del hombre obedezca a unas leyes
divinas ni que el orbe, engastado de estrellas
en las ruedas del sol y de la luna
sea la maquinaria de un reloj,
al que un ser bondadoso
da cuerda cada noche en su vasto castillo,
esa vieja mansión que Nietzsche llamó Nada
y Bergson llamó Tiempo.

Es tarde para ti, me digo. Déjale
esa oración a otros, a tus hijos tal vez,
ignorantes aún de lo que sean
las palabras antiguas del arcángel
que anunciaron el Verbo y su silencio
en misterioso griego, según cuenta San Lucas.
No pienses otra cosa. Estás cansado.

Ya es bastante de un día
conocer su final y conocerlo en paz.
Deja, pues, de rezar. Ese viático
no puedes usurparlo, porque, di,
¿de qué te serviría? De qué sirve una llave
de la que no sabemos a dónde pertenece».
Son razones que habré dicho mil veces,
pero al llegar la noche,
me acuerdo de otras noches
y el frío de mis pies entre las sábanas
es un frío de infancia, de internado,
cuando oía a mi lado el dulce respirar
en otras camas, y en el cristal la escarcha.
Y al recordar aquellas ya lejanas
noches de la meseta, tan largas,
oscuras y sin fondo,
recuerdo las palabras de los frailes:

«La Virgen del Camino
guiará vuestros pasos donde quiera que estéis:
No dejéis de rezarle y el camino
no será tan difícil. Será para vosotros
linterna en alta mar o una noche de luna».
Y recuerdo que yo, para dormirme,
imaginaba, acurrucado,
debajo de las mantas que pesaban
pero que calentaban poco,
sin moverme siquiera de la parte más tibia
que había caldeado con esfuerzo,
incluso con mi aliento, imaginaba, digo,
qué sería de mí, y qué lejanos mares
habría de cruzar, qué extrañas tierras.
Otras veces pensaba si la muerte
habría de llegarme
como a aquel que labrando
un buen día su viña, ni siquiera
de recoger su manto tuvo tiempo,
o en medio de una fiesta, o en el sueño...
Al llegar a este punto
recuerdo que temblaba y pensaba en mi Virgen,
de modo que mis labios desgranaban
aquel Ave María, gratia plena
con el que yo me hacía
un lecho de hojas secas,
y luego me dormía... para llegar
muchos años después,
a noches como esta,
noches frías de invierno
donde a solas conmigo voy pensando
y dejando en mi boca, una a una,
las palabras antiguas
de la Salutación, como si fueran
el óbolo que habrá de franquearme
los portales del manto hospitalario
que unos llamaron Tiempo
y otros llamaron Nada.

Jazmineros

Todos estos olivares,
los verdes pinos romanos
y los lagares

en ruinas... Oigo lejano
el tiro de un cazador.
Vuela el milano.

Sobre el muro del jardín
más viejo, negro y sombrío
crece un jazmín

con los jazmines en enero.
Es viejo, seco y sombrío
mi jazminero.

Los olivares, los pinos...
En el corazón la helada
y en los caminos.

Rama desnuda

(2001)

Oda a un ruiseñor

Insomne ruiseñor del olmo muerto,
¿también tú rememoras al cantar
las otras primaveras con nostalgia,
todas las frondas donde hiciste el nido,
los dulces años para ti pasados?
¿Significa ese canto que el amor
cuanto más limpio brota y más sereno
es más desconsolado y más oscuro?
Cuando era muchacho y no quería
sumarme a tanta fiesta y me guardaba
sin sosiego en mi cuarto por hacer
tanta inquietud más breve, me asomaba
a la ventana que se abría sobre
un mundo que también yo supe estrecho,
y miraba la luna y la envidiaba
en su infinita errancia. Con qué fuerza
deseaba ser hombre por entonces
y cuán lejos me parecía el día,
y acaso inalcanzable, en que llegara
a serlo, aunque jamás pensé que fuesen
a suceder las cosas de este modo.
Ahora, sin embargo, el hombre piensa
en el joven que fue, y ese recuerdo
le resulta tan cruel, que ha de apartarlo
como el triste presagio de la muerte.
Todo lo que era entonces luz, promesa,
hoy apenas es sombra, y son finales.
¿Te sucede lo mismo, ruiseñor?
¿Tienes también puesto el acento en otro
lugar lejano, como a mí me ocurre,
que de joven quería ser un hombre
y no hay día que pase que no piense
en el joven que fui? Si estoy aquí,
en este lugar viejo, solitario
y misántropo, pienso en mi Madrid
y siento la belleza de sus calles,
de las cuestas del Rastro y las riberas
secas del Manzanares, de su cielo,
que huele a cautiverio y que recuerda
cualquiera de esas fieras del zoológico
que dan vueltas y vueltas en la jaula,
y siento ese Madrid como sonámbulo
con qué rara nostalgia, casi hiriente.
Y sé también que allí recordaré
este viejo jardín y esta terraza
y la calleja que podría darme,

si la siguiese un día, cada punto
imantado del tiempo y de la brújula,
y en ti, secreto ruiseñor, que haces
pasar el ecuador de dicha y canto
por el olmo ya seco, pensaré,
y sé que tal recuerdo, demasiado
penoso, impedirá que pueda yo
tener, como la tienen todos, una
vida satisfactoria, aun incompleta.
¿Y no es el recordar acaso como
botar un buque, barrenado el casco?
¿También tú rememoras al cantar
las otras primaveras con nostalgia,
las diferentes frondas donde hiciste
nido, los dulces años ya pasados?
¿Eres como yo mismo, alguien que vive
para perder aquello que más ama?
¿Ese es todo el misterio? Adiós, ya llego.

Ante un manuscrito de L. P.

Por su mano copiados y zurcidos,
en papeles mal doblados y viejos,
voy leyendo de un poema melancólico
los balbucientes versos.

El azar, que no existe, hace diez años
los puso en mi camino, y ahora el viento
piadoso de la vida levantó
la llama que hay en ellos.

Con qué voz vacilante va el poeta
recordando las sombras de un paseo
por la grave Baeza, tras las huellas
de don Antonio el bueno.

Las callejas sombrías, los huraños
portales, el templete, los vencejos,
el acre olor de bestias y alpechines,
los negros limoneros.

Yo mismo estoy ahora en esa plaza,
en medio de la noche y del silencio
bajo la luna llena. ¿Oís mis pasos
sobre las piedras huecos?

Mis manos van pasando estas cuartillas
que una noche Panero, en duro lecho
de sábanas heladas, tembloroso
de vida fue escribiendo.

Entonces no sabía que la muerte
cuatro meses después iría verlo
sin aviso a Castrillo de las Piedras,
frente al hosco Teleno.

El azar, que no existe, hasta mi mesa
ha traído las huellas de aquel sueño.
¿Cuánto tiempo me queda? ¿Es corto o largo
todavía mi trecho?

Y el paso provinciano se detiene
en un dolor que aquí busca consuelo:
soportales, campanas, olivares
... y su misterio.

Al leer a Leopardi

Al leer a Leopardi,
¿te escondes de la vida o es tu vida,
el dolor de tu vida, lo que a él
te conduce? El sufrir puedes nombrarlo,
la infinita tristeza de las cosas,
los límites del mundo tan lejanos
y tus pequeños males.
No el arte de hacer versos: el consuelo,
el íntimo consuelo que nunca proporcionan
ni la literatura ni los libros.
Y tus pequeños males, tan pequeños...
No más que una palabra aquí, o un gesto
que inamistoso crees ver en alguien,
ese malentendido, aquel infundio
a veces fortuito,
tildes todas menudas que tal vez,
siendo objetivos, no son nada,
pero que a un hombre lo reducen
a una sombra de sí.
Y nos sentimos solos
en total desamparo, y ni siquiera
las cosas, los paisajes y recuerdos
felices de otros tiempos te confortan,
sino que todo es un vasto yermo
sin la pugnaz retama y sin los pájaros,
en esta habitación, sobre esta mesa
mirando en tu ventana tantos años
esa fachada gris que lleva ahí
desde el final de un siglo.
Y ves así tu vida: como casa
también no menos vieja que tú mismo,
dado a pensar en horas
de una insania total que tus amigos
solo los vas a hallar entre los muertos
y, esperanzado aún, quizá en aquellos
que nacerán dentro de ochenta años,
que decía Stendhal.
Es así como alguien como tú
lee a Leopardi,
para escuchar los ruidos, esos ruidos
del final de la tarde, las gallinas
escarbando en el suelo,
el roce de la mano, mientras cose la joven
una pieza de lino blanca y nueva
o armónicas campanas que te hacen
levantar la mirada y ver los montes

Sibilinos, azules, a lo lejos
en el vano infinito...
Es eso lo que buscas,
cuando los ruidos que hay en toda vida
no puedes escucharlos,
que hasta las mismas hojas muertas
si las pisas no suenan
y tu infinito es nada en ese Gredos
que borraron las nubes.
Al leer a Leopardi buscas eso:
celebración y tregua en la inmensa derrota
que en ti viene cumpliéndose.

Las Mercedes

Acurrucada duermes,
como duerme el pinzón sobre la rama,
la cabeza apoyada sobre el brazo
de ese viejo sillón, las piernas encogidas,
en el rojo escabel los pies de lado
y una ligera manta por encima
que arropa más que cuerpo, la conciencia
del tiempo que ha pasado por nosotros
haciéndonos a veces tan extraños.
Yo mismo en estos meses
llegué a pensarme muerto
también para el amor,
el tuyo, el mío, el de las cosas todas,
el que hace en nosotros más que un cauce,
el que nos vuelve barco y vela y viento,
y qué asustado estuve y qué perdido
y tan a mano de ese sordo dolor.
Ahora que duermes te lo digo,
me lo digo a mí mismo, en realidad,
parte también de la conciencia mía
y parte al fin del sueño.
Libre te miro, cual pintor que estudia
en la sorda escayola o en el mudo
bodegón de manzanas. Como ahora,
estaría mirándote mil años
mientras duermes urdimbres de ti misma,
sueño de mármol, música de fruto.
A tu rostro ha vuelto la muchacha
que fuiste y que ha dormido
contigo en este tiempo,
la misma, con el pelo tan negro
y la expresión tan niña
que un suave respirar pone a mi alcance.
Detrás está el balcón y una ventana
y en la ventana
esta tarde de marzo
que al fin se ha merecido ella a sí misma
tras larga lucha
con el cielo de jaspe
y sus vetas de oro y de tormenta
que nos dejó en la orilla,
siguiendo su camino.
Es esa luz la que se ha puesto en tus mejillas,
la que pulsa en la sien vago latido,
la que sella tus párpados cerrados,
y es más que luz, un alma

que estuviera tejida con las hebras
más finas y sedosas
para arroparte el sueño.
Justo encima de él, como saliendo
de ti, se ven los dos almendros blancos
a través del balcón, y la palmera
y los desnudos árboles, y al fondo,
detrás de su celaje, Las Mercedes.
Qué hermosa es esa casa tan derrotada y vieja
en estos días últimos de invierno,
como guardada toda
tras una celosía de ramajes sin hojas,
de rosales silvestres y de lilos
que embridan en sus brotes
también la primavera.
Es mucho más hermosa todavía
que oculta por la fronda
que pronto vestirá el viejo jardín.
Mira en sueños sus muros, son de oro,
y el tejado manchado por el musgo
y las ruinosas cuadras
y el paseo de árboles...
Todo nace de ti, es como una senda,
onda y prolongación del propio pelo
que te sirve de almohada.
Estás aquí dormida,
pero ese paisaje parece que es tu sueño
nimbando tu cabeza,
el sueño que ahora sueñas,
el que puso en tu boca hace ya un rato
sonreír inconsciente,
el que volvió a tu rostro
la muchacha que fuiste de piel suave
como flor de ese almendro.
Han florecido en ti también sus ramas,
se han vestido de blanco.
Aquí casi es de noche
pero allí la tarde
todavía resiste y de qué modo,
y una brisa templada las menea,
que así juntas parecen mariposas
doblándose cual barcos, velas, vientos.
Todo porque tú sueñas,
todo porque tú duermes.
Y acaso eres también la que me sueña ahora,
que hiciste que buscara este papel
labrado con la misma muda industria
que el adiós de un pañuelo
para que yo encontrara,

igual que la tormenta, mí camino
y escribiera estos versos,
que tú dictas.
No despiertes jamás, sigue viviéndome,
haz que los ciclos
se vayan sucediendo,
que florezcan las rosas y los lilos,
que el otoño les despoje de todo,
que jamás me levante de este sitio,
desde el cual te contemplo.
¿Anochece también en ese sueño?
Poco a poco las luces de la tarde
murieron temblorosas,
se perdieron contornos, se apagaron
las formas como sombras
de ramos ya marchitos.
Solo una masa negra al fondo,
Las Mercedes, parece resistir
entre el bosque umbrío,
y yo mismo también al lado tuyo,
soñándote a mi vez como la yedra joven
que crece entre las minas e ilumina la luna
desde su propio sueño.

Grano de arena

(En la muerte de C. R.)

Sentí, junto a mi pena,
ligera sacudida; el engranaje
dentado de los astros rechinó desacorde
y aquí los manantiales y los ríos
lo acusaron secándose de pronto
o naciendo de nuevo en otras partes.
Incluso la inocencia, aves y bestias,
vino a sumarse al duelo:
la alondra con silencio y el caballo
afilando la oreja. Apenas fue
un granito de arena
en las ruedas de las constelaciones,
el minúsculo cuarzo que de golpe
las detuvo un instante, décimas de un segundo,
algo que en realidad
solo pudo notarse en las entrañas,
en la frente y al pie del corazón,
vísceras todas que en amor entienden.
No fue que el tiempo se frenara en seco,
cayendo de su red el equipaje,
menos aún que sacudida fue: una advertencia.
Imaginé un abrazo y dos amantes,
la conducta del mar,
el laboreo azul de los vencejos
al bajar al estanque para saciar la sed en una gota
¡toda la sed del mundo en un grano de agua!,
y el tiempo que esa uva de cristal necesita
para vestirse en nieve o desnudarse estrella.
Todo eso la odiosa lo metió
en su hatillo, como un vulgar ladrón,
para salir huyendo, como siempre,
por oscuras callejas solitarias.
Luego continuó la fiesta, el baile,
y cómo, con qué ganas. ¿Acaso no es sabido
que la mujer y el hombre buscan aparearse
después de un funeral?
Entre todos hicimos completa la verbena
y cubrimos la culpa, la manzana de Adán,
de rojo caramelo. ¿Cómo, si no,
podríamos vivir tan a diario?
Nadie hable de muerte.
Es el día de fiesta lo que es breve.
¡Arranca!, ¡vivo!
Mecanismos, ¡en marcha!

Y tú, tristeza, ¡suma nuevos giros
mientras suena esta música!

Elegía

Para Miriam

¿Recuerdas aquel tiempo en que oler una rosa,
una rosa tan solo, ni siquiera perfecta,
te arrancaba las lágrimas? Te acercabas despacio
al rosal preferido y, a resguardo del mundo,
como quien lleva dentro el tesoro más hondo
podías estar horas a su lado esperando
sin atreverte apenas a confesar tu dicha,
sabedor de que nadie te igualaba en fortuna.

Ibas buscando ávido los temblores simbólicos,
la estrella que caía de lo negro en lo negro,
o sus ojos oscuros o el ruido que en la noche
trenzaban los insectos en el astro bombilla
mientras de la majada volvían los acordes
truncos de las esquilas a su caja de música,
todo lo que temblando nacía o se acostaba.

Mientras atardecía ibais por las callejas.
¿Recuerdas el olor del hinojo y la menta?
¿Recuerdas que decías «como puñal lo noto
que me abrasara aquí», y el vientre señalabas?
Apenas si podíais articular palabra
por temor a estropear aquellos sentimientos
nombrándolos en alto, y habríais escogido
disolveros entonces en el aire anisado,
conscientes de que nunca estaríais tan cerca.

Cuando pienso que yo de joven cultivaba
momentos melancólicos cual gusanos de seda,
qué lejos me encontraba de sospechar que alguno
nacería deforme y me devoraría
justo cuando añorase la alegría de entonces,
la juventud perdida, aquel sutil talento
para hablar de la muerte al tiempo que llenaba
de caricias un cuerpo ceñido por la gracia.

Quién podía decirte que aquellas que trenzabas
guirnaldas primitivas se te marchitarían
tan pronto entre las manos. Hablabas de finales,
de viejos caserones y de ruinosas casas,
de sonidos oscuros y nidos de otro tiempo,
de calles provinciales y sonatas de Czerny,
pero eran entonces palabras solamente,
la muerte y la desdicha palabras nada más,
como lo fueran sombra, rui señor o ciprés.

Han pasado los años y ya nada es igual.
A tu rosal el tiempo le dio un tronco leñoso,
pero sus rosas siempre en cada primavera
vuelven a florecer. Solo tú te haces viejo
de veras, solo tú has oído hace un rato
delante de esa rosa un silencio inhumano
y has sentido miedo, y te has puesto a llorar,
no lágrimas estéticas como aquellas antiguas,
sino un lloro dañino, pues todo cuanto entonces
pensabas que sería como ruina armoniosa,
con su bonita yedra y su viejo jardín,
no es más que un trozo informe de mineral silencio,
el dolor de ser piedra suelta por un camino.

Calleja de los olmos

Solitaria y sombría entre paredes
de piedra y olivares apartados
de la humana asamblea, intransitada
a cualquier hora, siempre, a mediodía,
cuando el sol la emblanquece polvorienta
o en las oscuras noches que se pierde
como otra sombra más de lo que es sombra,
mi apartada calleja que transcurre
entre lagares viejos y arruinados
cortijos que no pueden ni siquiera
cobijar al mendigo vagabundo
o a ese loco infeliz que hay extraviado
como un perro de nadie en los caminos,
mi tranquila calleja, mi segmento
de universales sueños, mi cordel
de un simbólico arco que se tensa
mirándolo, mi pobre río seco
lleno de piedras secas y aristadas
que levantó no el paso jornalero
ni las caballerías, sino ciegos
torrentes en invierno y los rigores
de abrasivos veranos, mi calleja
que hace siglos llamaron de los olmos
porque los hombres antes acertaban
a nombrar con fortuna cada cosa,
caprichosa de curvas y andadera,
sombreadas de olmos sus orillas
que tendían sus brazos una a otra
haciendo de ella un túnel donde el sol
no entraba nunca, un paraíso, más,
mucho más que un palacio con sus torres.
¿No eran torres los olmos? ¿No temblaban
acaso, no tenían ballesteros
también, que eran los pájaros, flechándonos
con dulcísimos cantos todo el año,
turnándose en sus guardias día y noche?
Al llegar el otoño y caerse las hojas
su desnudo ramaje se elevaba
igual que las columnas de ese templo
al que se hundió la bóveda, y entonces
era el momento, al fin, y el sol podía
bajar a nuestro lado y enterrar
los pies como nosotros en tesoros
de un oro rumoroso, la infinita
corriente en que botábamos la culpa,
que de sí se alejaba piedra abajo

haciéndose regates y borneos.
Hasta el alma flotaba por el aire
como araña común sujeta a un hilo
invisible, sin fin y sin principio,
igual que la calleja... Era de pura
alegría de verse conducida
a la gloria por tan estrecho cauce,
y pedregoso y sin prestigio alguno.
Nada había de mística en aquello,
nada sublime ni de portentoso,
nada que no pudieran expresar
unas pocas palabras, al revés,
se sentía uno árbol, piedra y ave,
eterno como ellos, bendecido
por el paso del tiempo, cada año
más firme en esta tierra y parte de ella
en todos los papeles de la obra,
lombriz y mariposa, rey, mendigo...
Hasta que hoy, ahora, es un decir
pues fue largo el proceso, se secaron
los olmos, uno a uno. Han muerto todos.
Podridas y sin vida van quebrándose
todas sus ramas y la yedra trepa
devorando su tronco. La calleja
desnuda de sus galas, desertores
los pájaros, abandonada a todo,
quedó irreconocible, como un cuerpo
que acaba de expirar. Vemos en él
solo una forma. Sí. Es la calleja.
Todo lo que teníamos de dioses
de pronto se ha hecho barro, y estas piedras
ya no son más que piedras y esos pájaros
ya no son más que ruido y estas manos,
ya no son más que manos de un escriba
que obediente trabaja sin motivo.

De Portugal han venido

De Portugal han venido
las nubes negras
y todo este silencio
de la tormenta.

Nunca, nunca te alejes,
olor de lluvia,
ni tú, viento en las hojas,
colmada música.

Este momento espera
cuanto sonaba,
caracolas marinas
en cada rama.

De Portugal llegaron
nubes violetas.
¿Y cómo es que es alegre
tanta tristeza?

Un sueño en otro

(2004)

Un sueño en otro

Miro hacia atrás y estoy en este mismo sueño
en el que estoy ahora; hacia adelante,
y me descubro aquí dentro de un siglo.
La firme cordillera del pasado
no más que dunas son que van moviéndose,
lo que fue novedad, ya no lo es,
y lo que era futuro, en el aire engañoso
se deshace como improbable oasis.
Me llegará la muerte y me hallará cansado
como a veces ocurre tras un sueño
lleno de afanes, cuitas y fatigas
que nos dejan en manos de una larga jomada.
¿Quién no ha temido que la vida fuese
un sueño extraño que se vierte en otro,
como matrioscas rusas, este sueño
no menos irreal o melancólico?
Voy a quedarme aquí, donde ahora estoy.
Vendrán mis días como vienen astros
de remotas regiones celestiales
sin que nadie los llame ni recuerde.
Sin que nadie me llame ni me espere
voy viviendo mi vida igual que entonces,
e igual la viviría si viviera cien años
con sus frutos amargos o sabrosos,
y ya que he de perderlos, ¿qué me impide
que a la suma de todo, a este rincón
hecho de tanta nada, quiera llamarlo sueño?

Habla

¿A qué lengua se traduce la lluvia?
¿Cuántas sílabas forman el perfume
que la rosa destila? ¿Con qué rima
uncirías las olas de la playa?
¿Serías tú capaz de discernir
los hemistiquios en el beso último
de dos amantes, y ponerle acentos
al silencio sutil de sus pupilas?
¿Qué humana ortografía serviría
para ese ladrido que a lo lejos
se oye en plena noche o para el pulso
que late en todo astro, incluso muerto?
Dime con qué alfabeto se transcribe
el sueño de la vida,
dímelo sin palabras, que son merma,
sin rima, sin acentos, sin medida,
y luego, habla.

Menos que nada

Ayer mismo tejías con tu afán
en las ramas desnudas de los árboles
el lino de los sueños,
o subías al cable, y allí filosofabas
mirando desde arriba nuestras cuitas,
estos afanes nuestros, hechos también de ramas
que han perdido y ganado tantas veces
como el mundo sus hojas. De qué modo
sostenías tristezas y alegrías
trabajando con mimo tanto aire,
panadero celeste, levadura
de un pensar insaciable
que miraba tus vuelos y revuelos
y tus alegaciones y tus algarabías
como trajín humano.
Ay, pequeño gorrión, cuánta materia
había en tu jornada, cuánto peso
en ese corazón. Más qué columna
era tu pulso, sosteniendo el sol
o metiendo la noche bajo el ala
donde tú la ordenabas con el pico,
o con el pico en alto
esparcías estrellas a lo ancho
como el que escoge trigo.
Si a mi mano viniste alguna vez,
pude dar fe de tu increíble vida,
que quemaba en los dedos como un ascua.
Estas negras heladas o la vejez o el hambre,
hambre de ser y sed de tantas hambres,
te llenaron de frío, y hoy has muerto,
como hoja también, al pie de un árbol.
Al levantar tu cuerpo daba miedo
lo poco que pesabas habiendo sido tanto,
menos que plumas solo,
menos que nada
y esa nada también, mas de otro modo,
me ha quemado las manos.
Ay, mi pobre pardal, dime tú ahora
en este desamparo
qué hará con tales manos tu poeta,
que ni siquiera a él le sirven ya
para pedir limosna.

Mi padre sale a buscar su muerte

Faltaban todavía doce días
para que se muriera,
pero ¿cómo saberlo o sospecharlo?
Murió entonces un viejo conocido
y a velarlo acudió, según costumbre.
Menudo temporal, iba pensando.
Pensó también que el muerto
más o menos sería de su quinta.
Y pensó en regresar rápido a casa
para evitar huyendo en lo posible
el buido relente de los páramos
y las nieblas insanas del Bernesga.
Pensó que a cierta edad ha de cuidarse
un hombre si es que quiere
trasponer el invierno.
Pensando en tantas cosas se distrajo,
no supo dónde estaba, tan extrañas
le parecieron casas, plazas, calles.
Nada reconoció de su ciudad,
y tuvo miedo. Acaso pensó que él era el muerto.
Todo duró un segundo, nos diría,
sin saber qué pasaba, como un perro.
Encontró el tanatorio, el mismo que
doce días después le acogería,
deslizó su tarjeta en la bandeja
por bien labrados usos provincianos,
y deshizo el camino. «Me he perdido»,
repetía asustado, y encontraba
insólito aquel hecho,
sin comprender que era la muerte la que
empezaba a borrarle de los ojos,
sin duda por piedad, todo lo que los ojos
durante ochenta años bien cumplidos
por amor, como un pan, habían amasado.

Lluevo

Lluevo en esta ciudad
envuelto en frío, en aguacero, en noche,
y cuanto toco queda convertido
en una calle solitaria y triste
hecha de casas muertas, y en farolas
de cuyo resplandor nacieran ruinas
y a millones las cruces.

Lluevo sin tregua en todos los rincones,
sobre puertas cerradas y en abiertas
alcantarillas ciegas que se llevan
hasta el mar las estrellas.

Mi corazón es charco y cuando anclan
en él las negras nubes
no pueden ser más náufragas,
y con solo morirme me confundo
en un luto de pájaros.

Lluevo sobre las ramas
desnudas de los árboles y lluevo
dormido sobre el banco de ese parque
constelado de sueños que mendigan
a las sombras que pasan,
por la mucha tristeza de las cosas
que se acaban.

Y a manos llenas lluevo en el cristal
de la fosca ventana de mi estudio,
y las gotas que lluvian
mi corazón por dentro
son las mismas que bajan y resbalan
trazando bellos signos
que podría leer, si no tuviera
en los ojos mi lluvia tantas lágrimas.

Para ti y para mí

Para ti y para mí la casa ya es muy grande
y las tardes muy largas en invierno.
Ya todo lo que ocurre se ha parado.
Hasta la oscura larva que en la viga
iba abriéndole al tiempo un caz sombrío,
se detuvo, y silencio es lo que siembra.
Por el monte la niebla va bajando
con las botas hundidas en el barro,
llueve sin peso y con la luz del sol
los viejos olivares se platean...
Para ti y para mí la casa es ya muy grande.
Suena como una nana en algún sitio,
una nana muy dulce en la que muere
acunado el amor, mientras se duerme.

Autorretrato de una rosa

En toda rosa hay un defecto leve,
mas no hay rosa imperfecta ni mirada
sin vida propia ni minuto breve.

Y cada idea nueva crece sola
aunque muera en su ramo. Acompañada
también muere esa ola, y muere sola.

Pájaro

Escúchale, ya que no puedes verle
en la pineda oscura.
Lleva cantando un siglo
y ninguna palabra de las tuyas
ha sido pronunciada
más alta que la otra. Así su música
el camino te enseñe hacia esa sombra
que en los sueños tú buscas.

Segunda oscuridad

(2012)

Mota de polvo

En el desván angosto está ese niño.
Entre viejas maletas y orillados
ajuares descompuestos pasa el tiempo
completamente solo.
Las jácenas y vigas son tan bajas
que camina encorvado. En una de ellas
a punta de navaja ha escrito un nombre
para darse compañía, el suyo propio.
Otras veces el sol se acuerda de él
y le regala un rayo en el que flotan
como orbitados mundos malabares
millones de unidades y partículas,
y se abisma pensando que en alguna
podrá quizás haber otro desván
y otro rayo de sol y el mismo sueño.
Del humano trasiego y la familia
ningún ruido allí sube ni le buscan
el juego o las tareas,
y el silencio es tan grande que hasta el roce
de esos átomos vagos se oye mórbido.
En tan extraño ámbito ha encontrado
destierro y paraíso y los ropajes
de Jeromín y El Cid y el de Ricardo
Corazón de León y el de Jim Hawkins
que le parecen hechos a medida.
Nadie ha podido ser, como él ha sido,
más feliz con tan poco.

Han pasado los años,
y el desván y la casa ya no existen,
pero el niño allí sigue; si le miro,
me mira y si le hablo
no sabe responder a mis preguntas.
De todos los posibles, este raro
disfraz que llevo puesto de mí mismo
hubiera sido el último en probarse,
y apiadado por ello acaso ahora
aquel niño me tiende su navaja.
En el olmo
vetusto de la vida,
antes de que lo olvides para siempre,
Andrés, escribe: Andrés, mota de polvo.

Gorriones del Rastro

Siendo de noche aún, aunque por poco,
ninguno debería haber hablado,
pero lo menos cien entre las ramas
de uno de los árboles de Arniches
lo decían a gritos como en una reyerta.
Me tomaron sin duda por el juez.
Todos al mismo tiempo, atropelladamente,
trataban de contarme
su versión de los hechos:
estaba amaneciendo; aquella sangre
era la de la aurora.
Yo seguí mi camino cuesta arriba.
Iba tan solo y triste y caviloso
entre tantas miserias y piltrafas
sin redención posible
que tardé un rato bueno en darme cuenta:
me culpaban a mí de aquella muerte.
Y yo en nombre del mundo y sus heridas
no quise defenderme.

Rama de cerezo en flor

Ni católico templo ni pagoda
podrían comparársele.
Ningún haikú tampoco
resistiría un solo instante al lado
de esas pequeñas flores que tutean
a Dios como los niños cuando dicen
en su orfanato al rey que les visita:
«¿vas a quedarte aquí ya para siempre?»
No hay travesía humana comparable
a su dulce perfume, ni una barca
que mejor desplegara tanto trapo
por darle alcance en el azul del cielo.
Y aunque mucha dialéctica asombrosa
de sistemas oscuros fatiguemos,
no se hallará filósofo
que mejor armonice los contrarios:
en la casi podrida y vieja rama,
en lo que solo es ruina, liquen, leña,
han abierto las flores su camisa
y doncellas se dan en cuerpo y alma
a quien quiera gozar tal lozanía.
Allí las he dejado. Si quisiera
traerlas a tus ojos,
en el papel verías solo pétalos
para siempre caídos, no una rama
inexpugnable a todo, sino frágiles
y mutilados pétalos sin vida.

Una carretera

Como atesoran otros el oro y los honores,
yo en el almarino guardo
algunas carreteras secundarias.
De tercer a o de cuarta es la que va
de Ruiforco a Palacio, paralela al Torío.
En el rostro severo de los mapas
figura su sonrisa
apenas como un rictus orográfico.
Del ancho de una vara, aun asfaltada
es medieval, y en ella las boñigas
y el sirle del rebaño, con su olor a heno seco,
recuerdan que la vida en ese valle
prosigue más o menos donde yo la dejé
la tarde en la que fuimos, montados en un carro,
hasta las Manzanedas. No tenía seis años,
y seis años el mundo tenía entonces,
las luces de carburo, el acordeón,
el olor fascinante del azúcar quemado,
la mísera barraca, mitad tiro
al blanco, mitad tómbola,
el baile en que bailaban
mujeres con mujeres, pues los hombres
se sentían muy hombres y tenían vergüenza
o habían muerto en la guerra.
Todo sigue lo mismo, es un decir,
los árboles que crecen como un túnel
son aún más corpulentos de lo que recordaba
y las casas de adobe, cuanto más
resistieron, más firmes me parecen.
La llama de un candil son los recuerdos.
Me alumbran solo a mí, como luciérnaga
que guiara la punta de mis pies.
No necesito más. La carretera
que esos dos pueblos une, me ha devuelto
después de medio siglo
a un lugar que no viene en mapa alguno
ni tampoco al alcance está del oro.
Por no tener, ni nombre tiene apenas,
igual que casi todo lo bueno que nos pasa.

Ramón Gaya

La tarde va poniendo suavemente
a las cosas su sombra
y es tan pequeño el mundo
que cabe bajo el brazo, como un cuadro.
Pero... es más que un cuadro,
como más que palabras
son todas las palabras importantes.
Hubiérase podido creer de tal crepúsculo
que se hizo a sí mismo, con su fragua,
igual que sin ayuda el mundo se deshace,
y aunque partiese luego nuestro amigo,
buscó quedarse a solas y escogió en su trabajo,
como escogemos frutos,
algunas pocas brasas por si un día
el sol se retrasaba, y luego él en persona
puso agua en la copa
pensando en nuestra sed, como hace mi padre.

De nuevo cae la tarde entre nosotros.
Nuevamente las sombras nos devuelven
al origen de todo, y se despide el día.
En las manos llevamos estas brasas
por si ya no amanece,
sigue la copa llena de agua fresca
inagotable siempre
y nuestro amigo vive como un padre
a quien no le hace falta ni siquiera
tenernos a su lado para darse.

Agropecuaria (Poética)

Discuten dos o tres perros.
Se confunden sus ladridos
por los cerros
con unos negros graznidos,
mientras a mi vera un gato,
lamerón con sus maullidos,
ronronea zalamero.
Pasa la tarde el plumero
quitándole el polvo al rato
que estamos en el jardín.
Este agosto es caluroso.
Vuelve a ladrar el confín
y deja la luz un poso
de luz cansada. Zurea
su melopea
una tórtola en la parra
y chía la golondrina
al beber en la piscina.
La chicharra
en su fábula labora
e indiferente estridula.
Ya es la hora:
una cigüeña crotora,
y acogándose a su bula,
llena la boca de cardos,
rebuznan dos burros pardos
y cuatro pollinas finas.
Filosofan: tantos palos
le vuelven a uno tarumba,
si no malo,
hasta la tumba.
Cacarean las gallinas
y canta un gallo por nada
mientras mi mosquito zumba:
filosofa en otra escuela.
Muere la tarde dorada
y, blanca como la vela
de una barca,
sale la luna. En la charca
croa la rana, y el sapo
con su flauta de madera
al silencio le hace un siete.
La luna va a todo trapo.
Ya es de noche. Arde la cera
con llamita de juguete
en la cuadra.

Otra vez un perro ladra
por lo menos a una legua,
pero se asusta la yegua,
que relincha, y el buey brama
para una vaca que muge
y una carcoma que ruge
en el miserable establo.
Un cárabo tartamudo
encaramado en su rama
responde: «Yo también hablo».
Tiene en la garganta un nudo,
nunca pensó que hablaría
de ese modo abrumador.
Gluglutea el surtidor
como un pavo gluglutea
y ya trina el ruiseñor.
Solo un momento. Enmudece
luego todo. La azotea
domina la vega oscura
y se mece
con el viento la espesura.
Hay una estrella en el cielo.
Parpadea. Un grillo loco
le hace el dúo
al chirriar su desvelo;
lo confirma un triste búho
ululando. Queda poco
para que el sol venza al monte
y vuelva el gallo a cantar
y a ladrar el horizonte.
Mañana será otro día,
me digo. En el olivar
hay un hombre que no sabe
cuál es su voz todavía
ni la llave
de su agudo sentimiento.
Ya solo sabe escuchar
su corazón en el viento,
y al callar,
el viento le trae el mar.

Cántaro roto

Son solo perdurables los momentos felices.
En la extraña alquitara que llamamos memoria
lentamente el dolor, cuando lo hubo,
acaba destilando gota a gota
muy diferente esencia de canción y sentido.
Tal vez por eso el mundo gire aún.
No muy distintos somos de ese cántaro roto
que hace ya tres mil años fabricaron
con arcilla dos manos cuidadosas.
Apenas se conservan unos cuantos fragmentos
negros e indiscernibles
que otras manos pacientes han unido
con una pasta blanca, hasta volverles
la primigenia forma que tuvieron
asombrosa y tan firme.
No podemos decir que sea un cántaro,
puesto que ya no sirve, recompuesto y zurcido,
para nada de lo que fue pensado.
Y sin embargo nos parece hermoso
y sigue siendo un cántaro.
Siguen en él aun las melodías
del agua de la fuente y de la joven
que al llenarlo cantaba con las náyades,
siguen también sus risas, y la sed
que aplacó tantas veces sigue aún
junto a esos pedazos tan cruelmente
heridos por el tiempo y sepultados
con aquellos por los que tanto hizo.
No solo sufrimiento trae la vida,
lo sagrado se nutre de la flor
y de las uvas púrpuras y el vino.
Somos cántaros rotos que no esperan
sino manos pacientes que devuelvan
su forma primitiva
a esta vieja canción en la que cantan
los cántaros del mundo los momentos felices,
los únicos que tienen ya sentido.

Niños en la calleja

Los oímos llegar por la calleja,
pequeños, tres o cuatro,
igual que los corderos rezagados
cuando entra la noche entre dos luces.
La charla que traían, las esquilas,
eran del mismo cobre. Simulaban
acaso ser adultos por lo serios
que venían tratando sus ingenuos negocios.
Se creían a salvo estando solos,
se creían mejores caminando,
se creían felices en lo desconocido.
Al llegar al laurel que angosta y ensombrece
con sus verdes más negros los portillos
se percibió su duda. El más audaz,
de no más de diez años, sacó pecho
y fingiendo valor mandó seguir.
Podíamos oír su aliento incluso
desde el viejo jardín, y sin ser vistos
contuvimos nuestra respiración
como hubiéramos hecho ante lo esquivo
de un silvestre animal o tal revelación
oída por azar tras de una puerta.
Reemprendieron la marcha, y el más chico,
el recental, fingiendo indiferencia
como su capitán fingió valor, le dijo:
«¿Verdad que este camino no da miedo?».
Oímos que su charla se alejaba
todavía más íntima. El silencio volvió
a este oscuro rincón de Extremadura
y leyendo seguimos cada cual nuestro libro
o fingiendo nosotros que leíamos,
exhaustas ya las luces del crepúsculo.
A la primera estrella fugaz que vea esta noche
le pediré eso mismo: alguien que al lado,
cuando llegue el momento de partir,
me asegure fingiendo que el camino
no puede darme miedo, y yo lo crea.

Y

(2018)

El camino de vuelta

Cuanto más necesarias son las cosas,
más tardamos en verlas,
aunque estén a la vista.
Todas esas palabras que has escrito
en poemas, ensayos y novelas
vienen a ser como guijarros blancos
que sembraste en la noche,
el camino de vuelta.
No sé qué ocurrirá cuando no queden
más guijos, y los pájaros
den cuenta de las migas,
y no haya camino ni regreso ni casa.
Noche estrellada, si te acuerdas, dile
a tus pequeños astros
que me lleven de vuelta
siquiera hasta mi infancia,
que desde allí yo ya sabré orientarme.

Pájaros, versos

El gran abejaruco y la oropéndola,
jilgueros, chichipanes y rabúos,
por no citar a los de toga negra,
a mirlos, golondrinas y vencejos:
nunca nadie habrá visto que presuman
de sus galas ni comparar casacas.
Tampoco litigar al ruiseñor
de melodiosas cumbres con el fúnebre
pájaro carpintero.
A todos por igual premia la vida
con lombriz o con hambres,
y cuando alguno falta
a la cita diaria con la aurora,
pues también les reclaman
de otros muchos teatros,
se encargan de buscar algún suplente
entre los compañeros.
El ruiseñor que oímos en las noches
de mayo y la oropéndola
que viene a despertarnos cada día
siguen siendo los mismos
desde que aquí llegamos hace décadas,
e igual las golondrinas que ahora veo
con sus eternos ochos sobre el agua,
signo del infinito.
Estos versos que escribo se parecen
a otros que se escribieron
desde el origen mismo de los tiempos,
como vuelan los pájaros o cantan
para nadie y su estirpe.
Dirigidos a todos y a ninguno,
soy yo también quien los escribe en este
atardecer de agosto.
Quienquiera que los lea:
soy ninguno y soy todos,
ayer, hoy y mañana,
y lo que vuelo o canto no está hecho
en nombre de los pájaros. Recuérdalo:
el olvido no existe entre nosotros.

Ruiseñor

Mirad el alcornoque. Canta entero
todo él, cada rama, cada hoja
de las miles que forman
su oscura celosía. No aquí o allí,
arriba, abajo, a un lado: el ruiseñor
está detrás de cada una de ellas,
en todas por igual, su voz bien firme
como en la llama el fuego.
No le veréis jamás. Aunque os mudarais
a vivir en su centro y escutarais
con óptica paciente
la temblorosa aldea donde anida
desde marzo hasta agosto,
nunca sabréis de él más que su canto.
Sé bien que solo empieza
a hilarlo melodioso cuando nadie
del cielo o de la tierra puede verle.
Hasta no cerciorarse está en silencio.
Aprende, pues, que la lección es fácil.

Canturreando

Si fuese a suceder como lo he visto,
será un día benigno, aunque la víspera
habrá llovido tanto, que la azada
hallará su camino buenamente
propalando un perfume delicado
de hierba por el aire,
y el más dulzón olor de la lombriz de tierra
a modo de guirnalda y bienvenida
descansará en mi pecho, y ojalá sea leve,
porque querrá mi corazón tener
sus propios pensamientos
recordando los días que con lombriz cebaba
mis anzuelos de niño
y deseaba que el tiempo del verano,
e igual el de la vida, no se hiciera tan corto.
Me hará gracia pensarlo justo entonces,
ya sin Tiempo ni caña. Ayer estuvo
todo el día lloviendo, mas el cielo
volvió a darnos su más sereno azul
y un crepúsculo, a modo de vitral,
engastado en las ramas más negras de los pinos.
Así sucederá también entonces,
si es cierto que el deseo engendra lo real.
Preguntadlo, si no, a estos mismos pájaros
que intentan hacer todo, hasta dormir,
canturreando,
igual que yo ese día con un poco de suerte.

Haikú del ruiseñor

Solo una de las hojas
del alcornoque
se llama ruiseñor.

Homenaje a un romance de Unamuno

En el Ave hacia Sevilla.
Amanece. Atravesamos
la metafísica Mancha,
foscos cerros, tristes campos.

Yo voy fingiendo miradas
y también finjo trabajo,
afanes que son hoy pan
y serán hambre pasado.

¡Hola y adiós, encinares!
¡Hasta siempre, despoblados!
Sois Parménides que mira
con bastante sorna a Heráclito.

Acabo de ver en ruinas
un tejat, y en lo más alto
de su humero, una cigüeña,
jeroglífico enigmático.

Algo quería, seguro,
decirme su garabato,
pero fue visto y no visto
muy oscuro el fogonazo.

Cuánto cuesta amanecer,
qué difícil ese parto
de los montes y la aurora,
un misterio, otro milagro.

Mira el sol. Ahora ha salido
y va subiendo muy rápido
entre la niebla y el cejo
que sube de los lavajos.

Mas que el sol es una luna.
Qué grande es y qué blanco.
Nos miramos a los ojos
sin que nos hagamos daño.

Hemos llegado a Sevilla,
pero yo sigo soñando
con aquellos encinares
íntimos, lígrimos, lánguidos...

Las voces y los ecos

Qué mal vistos están los sospechosos ecos.
Frente a las firmes voces vagan ellos errantes,
viviendo de limosnas, con aspecto
de tener mil asuntos aún pendientes
con la justicia. Y sin embargo... Vedles
trayendo nuevas de lejanas tierras,
recordando a las gentes
aquello que las gentes ya olvidaron,
pues su naturaleza es inconstante
y, apenas dichas, las palabras mueren.
Las resucita el eco que vuelve a circularlas.
Autillo que a lo lejos te lamentas
en medio de la noche con ulular sombrío,
¿eres voz o eres eco?
¿A quién le estás hablando?
¿Y qué si soy contagio
de mis viejos maestros, como un eco?
Sigue cantando, ave nocturna, sigue
dándole voz a este pensar,
eco también de cuanto en mí no ha muerto.
Y tú, noche de luna, toma nota:
la misteriosa luz con la que amparas
a tantos vagabundos melancólicos
eco es también del sol,
y el sol, siervo de ella.

El sueño breve

No esperes a que venga la tormenta
con sus negras galeras por el cielo
ni que llame a tu puerta el amarillo
de las flores de invierno.

No salgas al camino ni te subas
a la torre más alta: primavera
a su paso vendrá como una joven
descalza por la hierba.

No acapares las olas de la playa
ni el oro infinito de la tarde,
ni el silencio del cuco ni la música
que te llega del aire.

Ni siquiera el amor de sus miradas
o el recuerdo de aquellos que han partido
guardes entre las páginas secretas
de tus cansados libros.

Y quien dice estas cosas, dice el resto.
Ricos como los pájaros del campo,
que ven pasar auroras o crepúsculos
sin temor ni cuidado.

Todo ha sido un ensayo, y ya el estreno
se anuncia en los carteles que la muerte
pegó, esta misma noche, sobre el muro
de mi sueño más breve:

vivir la misma vida nuevamente.